tan. Fue mejor soldado que gobernador. Casó, por dispensación, con dos hermanas, habiendo consumado el matrimonio con la primera que fueron doña Francisca y doña Beatriz de la Cueva y de ninguna tuvo hijos. Dejó por ellas a Cecilia Vázquez, honradísima mujer, para ganar (como ganó) el favor de Francisco de los Cobos, secretario privado de el emperador. Éstas son palabras de Francisco López de Gómara y helas dicho para decir quién fue el fundador de la ciudad de Guatemala, que fue hombre particular y llegó a ser adelantado de aquellos reinos y provincias. Y dice Gómara que no quedó más hacienda, ni más memoria de él sino ésta y una hija que hubo en una india, la cual casó con don Francisco de la Cueva, al cual conocí en Guatemala; y esta señora se llamó doña Leonor de Alvarado y fue hija de una señora tlaxcalteca.

No dejó de causar temor y espanto esta muerte, viendo una persona tan próspera y sublimada, que de más de la gobernación de Guatemala y de otras provincias que tenía a su cargo, había venido por mar con buena armada a hacer otros descubrimientos y jornadas, y cuando volvía a despachar sus navíos, lo despachó a él un caballo muerto que rodó por subir con tanta priesa como él vino rodando por la cuesta y peñascos, al tiempo que urdía tela para más engrandecerse y halagarse en el señorío; y fue su subida tan alta para dar mayor caída, diciendo el salmo: levantándome en alto, Señor, me estrellaste en una peña, pereciendo su memoria (como dice en otra parte el salmista) con ruido y estruendo. Era el armada de quince navíos nuevos (según lo refiere el padre Motolinía) que son más en la Mar de el Sur, que ciento en la Europa y luego se comieron de broma y fue menester vararlos en tierra para echarles tablas nuevas.

## CAPÍTULO XXXV. *De la tempestad grande y espantosa que sobrevino a la ciudad de Quauhtemallan, por donde se dejó aquel sitio y pasó al que de presente tiene*

LEGÓ LA NUEVA DE LA MUERTE de este caballero a Guatemala, a principio de septiembre de este año de mil y quinientos y cuarenta y uno, con cuya muerte dice que hizo esta señora doña Beatriz grandes extremos, luego que la supo y que dijo cosas muy de loca; mandó teñir luego su casa por de dentro y por de fuera; lloraba mucho y no comía, ni dormía, ni quería consuelo ninguno; y si alguna persona movida de su dolor la consolaba, dicen que respondía que ya Dios no tenía más mal que hacerla (palabra de blasfemia y de mujer inconsiderada y que parece ser dicha sin corazón ni sentido y muy desatinadamente, y pareció muy mal a todos como era razón que lo pareciese); pero enmedio de aquellos llantos y tristezas entró en el regimiento y se hizo jurar por gobernadora (desvarío y presunción de mujer y cosa nueva entre los españoles de Indias). Hizo las honras de su difunto pomposamente y con grandes llantos y lutos comen-

záronse el mismo día de la natividad de Nuestra Señora, jueves a ocho de este mismo mes de septiembre; y este año fueron en toda esta Nueva España las aguas muy grandes (según el padre fray Toribio, cuya relación voy siguiendo) y este mes de septiembre mucho más continuas. Comenzó (pues) a llover día de Nuestra Señora y llovió reciamente aquél y otros dos días siguientes, que fueron viernes y sábado; y este dicho sábado, que fue a diez de este dicho mes de septiembre a las dos horas de la noche, baja de esta tierra y volcán, en cuyas laderas estaba fundada la ciudad, una muy grande avenida, porque como la lluvia fue mucha y había muchos días que corría traía tras de sí mucha tierra y íbanse haciendo grandes quebradas y hoyas por donde acanalaba el agua, y como mucha parte de aquella sierra es de una arena gruesa, negra o parda y entre aquella arena hay también grandes piedras peladas guijarreñas muy grandes y crecidas y como la lluvia robaba la tierra, moviólas y trájolas tras sí y con esta tempestad comenzaron a venir muchas por la sierra abajo; y como unas daban en otras, arrancábanse y caían todas y traíanse consigo muchos árboles que la misma agua arrancaba (que los hay muy grandes en esta sierra, que es de muy hermosa arboleda), y la fuerza de el agua que bajaba de lo alto con tanta piedra y maderos que consigo traía, acanaló el agua por una de aquellas quebradas con tanta furia y ímpetu que parecía un río muy caudal que había salido de madre. La noche era muy obscura y el aire que corría muy furioso y recio, y parecía que todo el mundo se acababa y que se hundía la tierra.

Era tanta la fuerza y golpe de el agua que parecían las piedras y árboles que traía unos corchos sobreaguados, y toda esta agua vino sobre la ciudad, siendo una de las primeras casas en que dio la de el adelantado don Pedro y llevóse de el pri ner encuentro las paredes de la huerta con muchos naranjos y árboles que en ella había y derribó otros aposentos de la misma casa. Ya a esta hora (con el grande ruido) se había levantado de su cama doña Beatriz de la Cueva, mujer de Pedro de Alvarado y saliendo de la cámara donde estaba pasóse a un oratorio que tenía cerca con otras once mujeres, y subióse encima de el altar y abrazóse con una imagen encomendándose a Dios. Los hombres que había en casa ya se habían levantado y queriendo llegar al favor de las mujeres no pudieron, porque la fuerza de el agua los llevaba, y llamando a otras doncellas y mujeres, que estaban en otro aposento salieron para irse al oratorio; pero arrebatólas la fuerza de la corriente y llevóselas consigo. Estas personas eran siete y las tres se ahogaron y cuatro se escaparon, que las echó la tormenta poco trecho fuera de la ciudad, las cuales se hallaron el día siguiente arrojadas del agua en diversos lugares de el campo, ya casi muertas. Pero volviendo a la furia con que el agua fue creciendo dicen que subió muy alta en esta desgraciada casa y la derribó, cayendo primero aquella cámara y capilla donde se había entrado a favorecer doña Beatriz y ahogóla con las otras once criadas que habían entrado con ella. Fue muy grande su desgracia porque si se hubiera estado queda en la cámara donde dormía no muriera, que no se cayó por tener mejores cimientos que las otras, mas buscando la vida halló

la muerte. Túvose a milagro que quedase en pie el aposento de donde había salido para no morir y haberse caído el oratorio donde pensaba librarse; y este milagro lo atribuían a lo que había dicho y hecho. Todos son secretos de nuestro gran Dios y dicen nuestras lenguas lo que sienten nuestros juicios. Unos escapan por huir de el peligro y otros mueren como hizo esta señora. Había llorado y sentido demasiadamente la muerte de el adelantado, su marido, y deseaba morir juntamente como él (como es costumbre decir los casados que mucho se aman en vida), pero venidos al punto de el morir no hay quien no tema la muerte. Al contrario aconteció a esta señora que al profeta Elías. Iba Elías huyendo de la muerte que la cruel reina Jezabel quería darle, y el santo profeta pedía por otra parte a Dios que le sacase de este mundo y le diese la muerte; la causa era porque huía de la muerte de manos de hombres crueles y demandaba y quería la muerte de Dios (que es misericordioso); porque la muerte que Dios da a los suyos es preciosa; y halló la vida muy larga, que hasta ahora vive y vivirá. Esta señora, si se estuviera queda, fuera posible que viviera, y murió buscando la vida; y por decir mejor, no hay quien pueda huir de el poder de Dios.

En la misma casa murieron indios (demás de las once mujeres que murieron con doña Beatriz), y era tanta el agua que arrancaba las casas por los cimientos y las llevaba enteras por aquella ladera abajo. Murieron muchos españoles, y de algunas casas marido, mujer y hijos y todos los indios, criados y esclavos. De otras, la mitad de la gente. De éstos algunos que parecieron fueron enterrados, otros muchos ni muertos ni vivos no parecieron. De otras casas unos escapaban y otros morían, en especial aquellos que los cogían debajo las casas que se caían; otros, que el agua los arrebataba y ahogaba; otros llevándolos el agua iban a parar encima de algunas casas; otros que se asían de los árboles y en ellos se escapaban, y otros que subidos en maderos se dejaban ir en el agua abajo y cuando se tendía en lo llano se libraban de aquel grande peligro.

El número de los difuntos (según mejor se pudo contar) fueron seiscientos indios y muchos españoles; y de éstos más fueron mujeres que varones y muchos niños, porque como cada uno buscaba su remedio y salían fuera de las casas a socorrer la vida, y la noche era tan obscura quedábanse los niños sin favor de sus padres; y casa hubo donde murieron cuarenta personas y casa donde cincuenta. Piedras hubo en esta avenida tan grande como grandes cubas y otras como carabelas, y verlas ahora por aquellos lugares (como yo las he visto) parece caso increíble por su mucho peso y grandeza. Quedó la mitad de la ciudad llena de estas piedras y de arena y cieno y en partes más alto que una lanza. Perdiéronse y ahogáronse muchos caballos y otros ganados y preseas de muy gran valor.

Dicen que vieron andar en la plaza y calles una vaca por medio de la agua con un cuerno quebrado y en el otro una soga arrastrando, que arremetía a los que iban a socorrer la casa de doña Beatriz, y a un español que porfiaba lo atropelló dos veces y no pensó escapar de sus pies y de el cieno. Otro español estaba caído en tierra con su mujer y encima de ambos una gran viga y que pasó por allí un negro no conocido y que le rogaron que

les quitase la viga de encima y ayudase a levantar; el negro preguntó si era Morales el caído y como le dijo que sí, alzó la viga y sacó al marido y volvió a dejar el madero sobre la mujer y dejóla ahogar y fuese corriendo el negro por el agua y lodo, y afirmaba este español que no podía ser otro que el demonio, porque le vio ir por la calle adelante como si fuera por suelo muy enjuto, lo cual parecía imposible porque había más de dos estados de cieno y lodo sin el agua. También dicen que vieron por el aire y oyeron cosas de grande espanto. Esto bien pudo ser, aunque con el miedo todo se mira y piensa al revés. Tuvieron creído muchos que aquel negro era el demonio (como lo afirmó el español que sacó de debajo de el madero) y dice Gómara que la vaca (según decían) era una agustina, mujer de cierto capitán, hija de una que por alcahueta y hechicera azotaron en Córdoba, la cual había enhechizado y muerto allí en Quauhtemallan a don Pedro Portocarrero, porque la dejaba siendo su amiga, y el don Pedro traía siempre a cuestas o a las ancas cuando iba a caballo una mujer, y decía que no se podía librar de aquella carga y fantasma; y estando enfermo y ya para morir, porfiaba que sanaría si Agustina lo viese, mas nunca ella quiso por el enojo grande que de él tenía o por deshacer aquella ruin fama.

Si este caso fue castigo que Dios quiso hacer en esta mujer (como por entonces se platicaba entre todos los que quedaron vivos) no lo sé, porque como Dios no nos da razón de sus juicios no tenemos nosotros licencia de juzgarlos; sólo digo que conviene mucho a los hombres humillarse, mayormente en los tiempos que Dios nos visita con tribulaciones, a ejemplo del santo Job, que cuando Dios le visitó asperísimamente, entonces se le humilló más y confesó ser Dios santo y justo en sus juicios; y es de advertir también que no todas veces, ni de todas personas sufre Dios ofensas, ni quiere que queden sin castigo aquellos pecados que parecen traer consigo palabras de blasfemia, según aquello que se dice en las Sagradas Escrituras.[1] Los que blasfeman y dicen cosas indecentes y mal sonantes han de ser castigados, porque a nadie es lícito hablar cosas que son en ofensa y agravio de Dios y de su pureza; y es cosa muy común llamar el vulgo buenos casados a los que mucho se aman y no miran si se aman según Dios y con aquellas cualidades y medida que Dios quiere que se amen; porque el amor principal, que es de todo corazón y de toda voluntad y sobre todas las cosas, a solo Dios se debe; y si una persona tiene puesta su memoria, voluntad y entendimiento en otra más que en Dios, no es cosa lícita ni buena; y este tal amor mejor se dirá idolatrar que amar, ora sea el padre al hijo, ora sea el gentil a su dios de oro o plata; si en estas criaturas pone el ánima y sus potencias, este tal amor se puede decir idolatría y entonces el dios del gentil es aquel ídolo; y el de el avariento son las riquezas; y el dios de el padre es el hijo; y el dios de la mujer es el varón; pues que a éstos dan su corazón y cerca de estas cosas tienen lo vivo de sus deseos. Porque ¿qué otra cosa es idolatrar sino quitar de Dios las cosas que son suyas y darlas a las criaturas? Medida tiene el amor del hijo al padre, que ha de

[1] 2. Math. 12.

ser reverencial y el del padre al hijo, que ha de ser paternal; y el amor de la mujer al marido, que ha de ser cordial y fiel; y no es contra el amor divino sentir una mujer mayor ternura natural en el corazón. Y el amor de los buenos casados es que se amen en Jesucristo, y que el uno al otro se den buen ejemplo de santidad y virtud, y que tengan cuidado de doctrinar y criar sus hijos y familia en la ley y mandamientos de Dios, y no consentir en sus personas ni en su casa ofensa suya; y a los tales llamaría yo buenos casados, mas a los que tanto se aman que nunca se querrían apartar y el uno de el otro se tienen más afición y amor que a Dios, de estos tales dice ese mismo Dios: el que ama al padre o a la madre o a la mujer o al marido o a los hijos más que a mí, no es digno de mí ni de mis soberanos bienes, porque idolatrando puso el amor de Dios en la criatura; y miren bien los que se tienen por buenos casados, que no se hagan idólatras;[2] y aun pudiéramos decir esto a doña Beatriz (si fue verdad que dijo que no le podía hacer Dios más mal de el que le había hecho), pues le podía privar por aquella palabra de el mismo Dios, que es el mayor mal de los males, y sobre esta privación darle penas y tormentos eternos, de los cuales haya el mismo Señor sido servido de librarla.

## CAPÍTULO XXXVI. *Que prosigue la relación de esta tempestad, y se dice lo que sobrevino a toda la comarca de esta sierra y dónde se hizo segunda poblazón*

UEDÓ AQUESTA CIUDAD TAN DESTROZADA y deshecha con esta inundación y avenida, que no había hombre que quisiese quedar en ella, con el temor de otra ruina semejante: y bien se cumplió en ella lo que el profeta dice: la ciudad pertrechada y cercada de muros (que era la señora y fortaleza de toda aquella gobernación) fue asolada y destruida y dejada de los hombres sus moradores y hecha desierto, llena de cieno y de piedras; y es así que luego los vecinos hicieron en el campo una ranchería y en ella sus casas de paja, hasta que se pasaron media legua apartados de donde antes estaban en el mismo valle, a la parte de el norte. Y en memoria de esta inundación iban cada año, en el mismo día que le corresponde al de el anegamiento (y yo me hallé en ella un año y no sé si se continúa ahora), pidiendo a Dios seguridad en la segunda poblazón y perdón de haberle ofendido. Hay Audiencia Real de solos oidores, aunque al principio fue gobernación y por no ser necesaria la Audiencia se quitó la primera que se puso y prosiguió la gobernación; pero por acuerdo que después se tuvo de su necesidad en aquel reino, volvió a entablarse la dicha Real Audiencia y permanece en los tiempos presentes. Hay obispo y en casos de inquisición está subalternada a la que reside en esta ciudad de Mexico. Poblóse de mucha gente noble y permanece en su nobleza. Tiene

[2] Math. 10.